

JUAN E. HERNÁNDEZ Y DÁVALOS

COLECCIÓN DE DOCUMENTOS
PARA LA HISTORIA DE LA
GUERRA DE INDEPENDENCIA DE MÉXICO

DIRECCIÓN DE

VIRGINIA GUEDEA
ALFREDO ÁVILA

TOMO I



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
2007

NÚMERO 219-BIS

Proclama del virrey don José de Iturrigaray invitando a la unión para resistir a Napoleón

Habitantes fidelísimos de estos reinos: Cuando en 11 del que rige, os enteré a consecuencia de lo acordado por la junta general celebrada en 9, de las resultas que tuvo cuanto se trató en un congreso tan sabio y respetable; os manifesté, que la agresión sin ejemplo, cometida contra nuestro amado soberano el señor DON FERNANDO VII, la real familia y toda la España, que os creo menudamente cerciorados por las noticias, proclamas y demás papeles impresos en el periódico y gaceta de esta capital; ofrecería a la heroicidad de nuestra nación en la península, en su suerte y en las maquinaciones del enemigo e invasor de la Europa, un orden progresivo de sucesos, que exigirían sin duda otras tantas providencias y deliberaciones.

Tengo por mi parte adoptadas, e incesantemente dicto, todas las que en el actual estado entiendo interesarán, a que las armas y seducción cobardes, (supuesto el modo vil y capcioso en que han invadido a la España) del emperador de los franceses, y a cuyo favor han sido vencidos y dejado alucinarse muchos reinos; jamás puedan perturbar vuestra quietud, vulnerar vuestras propiedades, ni mancillar en un átomo la religión y fidelidad asombrosas, que emulando a las del orbe todo por casi tres siglos, han formado constantemente vuestro carácter.

Cuento sobre las armas, con un número respetable de tropas disciplinadas y subordinadas, y en distintos parajes del reino, con otras muchas, llenas de entusiasmo y honor, por su culto y por su rey, todas bajo el mando de unos jefes los más prudentes, valerosos, y dispuestos en extremo a derramar con aquellas hasta la última gota de su sangre, en obsequio de los sagrados intereses que sostienen estos preciosos dominios, fieles

adoradores del verdadero dios, y amantes de un monarca protector y padre de sus vasallos, por su salud y amor casi voluntariamente inmolado en la cuna de su diadema, y el mejor de cuantos tiene el vasto ámbito del mundo.

Debemos, pues, estrechar más y más la unión sagrada e íntima que por tantos títulos de religión, ley y conveniencia propia, nos enlaza y constituye exclusivamente, toda la base de nuestra recíproca felicidad y defensa; así como su falta, o la inmeditación de asegurarla con solidez, han sido por desgracia a nuestra vista en los países más poderosos del oriente, la casual impulsiva de la verdadera servidumbre.

Vivamos unidos, si queremos ser invencibles, y alejar de nosotros la escena y lágrimas eternas, que son forzosa consecuencia de toda desunión y rivalidad; si alguno contra estas máximas de salud, intentase por medio de conversaciones seductoras, papeles infames, o cualquiera otro modo, sea el que fuere, desenlazar los vínculos sociales en que se apoya nuestra unión e identidad de sentimientos; él sin duda, no debe existir entre nosotros; delatadlo inmediatamente con verdad y justificación a los jueces, para que instruyendo su exceso por los medios breves que demanda el caso, lo eleven a los respectivos tribunales superiores, a fin de que en medio del escándalo e ignominia, sufra irremisiblemente la última desolación y conflicto, ya que en el día, como semi-aborto de maldad, viene a ser reo de un crimen de estado y lesa majestad el más execrable.

Proporcionemos todos, según nuestras respectivas facultades, para que aún a costa de escasearnos y carecer de lo necesario, podamos en primera oportunidad auxiliar a la metrópoli, a nuestros padres, hermanos y parientes, que por existir en nuestra amada patria, yacen en medio de la angustia de la sangre, y acaso de la privación de lo más preciso para vivir, exhalando hasta el último aliento por los altares, por el trono y por vuestro mismo honor, a que hubieran puesto un borrón el más oscuro e indeleble, si con la heroicidad que

no tiene ejemplo, no se hubiesen entregado voluntariamente al fuego, al cuchillo y a la muerte, sacudiendo con una transmutación instantánea y casi milagrosa, el letargo que hacía los caminos de la gloria, había paralizado nuestra amada península, en oprobio de la religión, de la majestad y de lo que los españoles a la faz del mundo se han debido siempre así mismos, por su creencia, valor y lealtad, siempre incontaminados e inauditos.

Una y muchas veces cierto de vuestra acendrada fidelidad, cuento con la confianza más segura, para cuanto diga relación al lustre y consuelo de nuestro amado soberano el señor DON FERNANDO VII, toda la estirpe real de Borbón y de la santidad de las leyes que por fortuna nos gobiernan, felicitan y forman privativamente el modo por donde debemos regular nuestros procedimientos, y aun la más leve acción; con vosotros, vuestros caudales y cuanto pueda facilitar el celo inexhausto que os anima; confío en los dictámenes de las autoridades compuestas de ministros los más sabios e integérrimos, y más lisonjero de hallar en todos los estados, jefes y cuerpos, aún mucho más de cuanto auxilio puedo prometerme, todo a favor de las pruebas repetidas que siempre tienen dadas de su fe y honor tan apreciables.

Estad prontos, para que luego que levante la voz el que os anima, volemós a resistir y confundir al enemigo, do quiera y en cualquier modo que se presente, conservando estos reinos de paz y de opulencia a nuestro monarca amadísimo y su real prosapia, al auxilio de la inimitable previsión de su mismas leyes, seguros de que con el del Todopoderoso, y el de su santísima y nuestra madre María de Guadalupe, patrona de estos dominios, llegareis por medio del triunfo más completo, a la cima de la gloria honrosa a que un católico patriota y vasallo fiel puede aspirar, no dudando el que en vuestras acciones, hijos, nietos y familia, llevará la posteridad vuestra memoria, de un modo estable a los siglos más lejanos, y a los

hombres más distantes de nosotros. Dada en el palacio real de México a 27 de agosto de 1808.— *José de Iturrigaray*.

LA EDICIÓN DEL TOMO I ESTUVO A CARGO DE

Edna Sandra Coral Meza
Rosa América Granados Ambriz
Raquel Güereca Durán
Gabriela E. Pérez Tagle Mercado
Adriana Fernanda Rivas de la Chica
Claudia Sánchez Pérez

PROYECTO PAPIIT IN402602